

# LA "GRAMÁTICA CASTELLANA" DE ANTONIO DE NEBRIJA

Por JOSE LILLO RODELGO

**A**CABA de llegar a mí —homenaje del Estado español a la memoria del más ilustre de nuestros humanistas, dice en el prólogo el Ministro de Educación Nacional— una fina edición crítica de la *Gramática Castellana* de Nebrija. Escribo por adelantado que, a mi juicio, el homenaje mejor para toda alta figura del pensamiento es, en realidad, ése: dar sus obras, extender sus producciones, traer a actualidad y conocimiento, no sólo el recuerdo y la vida del lejano sabio, sino, lo que vale más, su original doctrina y sus nobles y profundos esfuerzos. De ahí, por tanto, este gran mérito de nuestro buen Ministro, dándole a aquellos actos inolvidables del centenario de Nebrija dimensión nacional —el Jefe del Estado, como siempre, en lo más cimero— y suscitando ahora y apadrinando con palabras intencionadas, de la mejor política, esta nueva edición de la *Gramática Castellana* del excelso Nebrija.

Lo primero que sorprende en la nueva edición de la *Gramática* —una edición clara, elegante y amable— es la densidad y profun-

sión de su aparato crítico. No hay, además, un solo concepto en la obra de Nebrija —estoy por decir que ni siquiera un solo vocablo— que no lleve una referencia comparativa, una glosa, una inteligente aclaración. Destaca, desde luego, como ejemplo de sencillez de exacto y acabado panorama, de comentario hondo y maestro, el atinado estudio que sirve de introducción. El largo, paciente y meritorio trabajo que muestran aquí los profesores Galindo y Ortiz Muñoz —prueba y alarde de su recia cultura humanística— es francamente insuperable. Sin la menor duda, constituye esta *Gramática* de Nebrija que ahora ve la luz un modelo de ediciones críticas. Bastará decir que en esta obra el texto nebrisense ocupa sólo cien páginas, mientras que los índices y notas llenan más de doscientas: aparato crítico, índice analítico, notas aclaratorias, etc. Es del todo asombroso, por ejemplo, el estudio que los señores Ortiz Muñoz y Galindo hacen allí de la «ortografía» del Nebrisense: examinan con lupa sagaz el empleo que hace Nebrija de cada letra difícil —en general, un criterio de frecuencia aplicado a la obra gramatical entera de Elio Antonio, *Gramática Castellana, Reglas de Ortografía, Diccionario hispano-latino, Introducciones in Latinam grammaticam*, etc.—, y deducen así los ilustres investigadores, a través de millares y millares de casos, la verdadera doctrina ortográfica que el Nebrisense quiso fijar: doctrina con la que ellos ahora redactan esta versión de la *Gramática*, sin un exagerado respeto fetichista al texto literal del incunable. Acertadísimo nos parece, pues, ese sentido de unidad y de fijeza con que han redactado el texto, subsanando errores, no de Nebrija, claro es, sino de la tipografía incipiente de aquellos años. Todo hace pensar —dicen— que Nebrija no corrigió las pruebas de imprenta.

Ese es el tono general de la obra: densidad, larga y meditada investigación, originalidad. Esta edición crítica de la *Gramática Castellana* de Nebrija sí que, como se dice tantas veces, no puede faltar en las manos de toda persona culta: no sólo en las de filólogos y especializados, sino en las de cualquiera que sienta de veras preocupaciones de espíritu. Porque si a alguien no agrada entrar en el texto taxativo, ni siquiera bucear en su mera doctri-

na —la *Gramática nebrisense*, con toda certeza, es la primera de lengua romance que se escribe en el mundo: antes que la misma italiana de Bembo, que la francesa de Barclay, que la portuguesa de Oliveira, etc.—; si a alguien, digo, no le interesara esta primera disciplina de nuestra lengua —«apretamos debaxo de reglas i preceptos la lengua castellana que andava suelta de las leies del arte», dice el propio Nebrija—, entonces que, al menos, lea y medite aquel «prólogo» magnífico que nuestro gran humanista pusiera a su obra.

Sobre ese «prólogo» alza el Ministro de Educación la arquitectura de su fino, encendido comentario —va como de umbral en esta edición crítica—; y sobre él también, sobre la mazorca de tantas sugestivas enseñanzas, ofrecen los profesores Galindo y Ortiz Muñoz sutiles y profusas notas. En verdad que bien lo merece, ya que Nebrija dejó allí, conciso y profundo, un hondo tratado de plurales doctrinas. Porque eso fué nuestro primer humanista —dice Bell que es Nebrija quien inaugura el Renacimiento en España—; fué eso el autor de *Salutatio ad patriam*: un sembrador de conceptos, un gran iniciador de horizontes. Así, aquel acierto suyo de ver la lengua —y la gramática— como instrumento de nacional unidad, juntando a los españoles en abrazo común: «se redujeron y juntaron en un cuerpo y unidad de reino, la forma y trabazón del cual así está ordenada, que muchos siglos, injuria y tiempos no la podrán romper ni desatar», dice él. Así, también su pensamiento de estimar la lengua, y la gramática, como llave que abre imperios y los mantiene e incluso los termina. «Siempre la lengua —dice Nebrija en su prólogo— fué compañera del imperio» —y hasta cien años más tarde no escribió Campanella aquella máxima política suya: «D'acquitare, governare e mandare gli Imperii sono instrumenti: 1.º, la lingua; 2.º, la spada; 3.º, il tesoro—. A la lengua y al imperio señala, pues, el Nebrisense un ciclo igual. Por eso, al unir las dos cosas, la lengua, siguiendo en todo al imperio, escribe: «si de tal manera lo siguió que juntamente començaron, crecieron i florecieron, y despues junta fue la caída de entrambos».

Cuajado está el «prólogo» de Nebrija —para medirlo y entenderlo hay que leer los juicios liminares que el Ministro pone y la introducción y notas de Ortiz Muñoz y Galindo—; cuajado está de sugerencias maravillosas. Uno y otros —el Ministro y los investigadores— han ido extrayendo y subrayando tanta fina enseñanza y tanta anticipación de doctrina como Nebrija dejó allí, antes aún que feneciera el siglo xv. Pero de entre todo lo que más incita a admirar al Nebrisense y a estimar su talento precursor, es aquel ardoroso elogio suyo de la lengua castellana —incluso con hipérbolos: «por estar la nuestra lengua tanto en la cumbre, que más se puede temer el descendimiento della que esperar la subida»—; elogio que luego, a lo largo del siglo xvi, habrán de repetir nuestros humanistas, nuestros ascéticos y místicos.

Nebrija, sin duda, es quien se adelanta a alabar el uso de la lengua castellana y a darle gravedad y dignidad. Lo dice él con palabras terminantes, señalando dos finalidades a su tarea: «engrandecer las cosas de nuestra nación i dar a los hombres de mi lengua obras en que mejor puedan emplear su ocio, que agora lo gastan leyendo no velas o istorias embueltas en mil mentiras i errores». Desde ese instante el uso del castellano entra espléndido en todos los dominios, siglo xvi arriba: en el humanismo, Valdés, Mexía, Villalón, Huarte, Ambrosio de Morales, Simón Abril; en la política y la historia, desde Guevara a Florián de Ocampo; en la ascética y en la mística, nombres que van surgiendo encadenados y gloriosos, Beato Juan de Avila, Alejo Venegas, Beato Orozco, Fray Luis de Granada, Fray Luis de León, Malón de Chaide. Nuestra lengua, pues, como quería el Nebrisense, se ha dignificado, y en ella se escriben ya graves y hondos temas, incluso de ciencias de Dios.

De ahí proviene —quiero decirlo otra vez— mi admiración hacia la recia figura de Antonio de Nebrija. En él aprendió nuestro más alto siglo —aquel atesorado y brillante— a sentir y a amar la lengua castellana. Aquella constelación de escritores magníficos no se limitó a usar en sus obras la propia lengua, sino que por todas partes extendieron su elogio y alabaron en supremo grado a los

que en ella escribían: un Villalón, en *El Escolástico* —«la lengua que Dios y naturaleza nos ha dado no nos deve ser menos apaxible ni menos estimada que la latina»—; un Venegas, en *Agonía y tránsito de la muerte* —«este vicio de menospreciar la propia lengua se extendió tanto cuasi por todo el mundo, que hasta hoy queda arraigado en la opinión de muchos vulgares»—; un Mexía, en *Silva de varia lección* —«yo, preciándome tanto de la lengua que aprendí de mis padres como de la que me mostraron mis preceptores, quise dar estas vigilias a los que no entienden los libros latinos»—; un Beato Orozco, en *Tratado de las siete palabras* —«solamente los españoles, amigos de trajes peregrinos y costumbres extranjeras, tenemos en poco lo que se escribe en nuestra lengua»—; un Huarte de San Juan, en *Examen de ingenios* —«ninguno de los grandes autores fué a buscar lengua extranjera para dar a entender sus conceptos»—; Cervantes, Fray Luis, Ambrosio de Morales, Malón de Chaide, Simón Abril, Fray Francisco Ortiz Lucio, en *Jardín de amores sanctos* —«quise magnificar nuestra lengua, como los estrangeros engrandecen la suya».

Con ese dual pensamiento, hacer obra patriótica —«engrandecer las cosas de nuestra nación»— y extender y exaltar la lengua castellana, escribió su *Gramática* el Nebrisense. Una *Gramática* que había de traer, según su propósito, tres «provechos» fundamentales: poder escribir ya de un modo único y permanente los «loables hechos»; preparar con intención didáctica a los españoles que desearan luego «estudiar la gramática del latín», y facilitar, por último, el conocimiento de nuestra lengua —ahí se advierte la pupila imperial de Nebrija, y sobre eso levanta su tesis el señor Ibáñez Martín de que el gran humanista aludía a la preocupación por Africa de la Reina Isabel y a su esperanza oceánica de un Nuevo Mundo—; facilitar, digo, el conocimiento de la lengua castellana a los pueblos conquistados: «que despues que Vuestra Alteza metiese debaxo de su iugo muchos pueblos barbaros i naciones de peregrinas lenguas, y con el vencimiento aquellos ternian necesidad de recibir las leies que el vencedor pone al vencido i con ellas nuestra lengua...»

Imagínese la suprema importancia de este libro clásico, la *Gramática Castellana* de Nebrija, que ahora, en edición crítica, han dado los investigadores Galindo y Ortiz Muñoz. Son muchas cosas lo que allí podemos aprender. Agradézcales la cultura española —la cultura universal también— esta prueba de talento, de sagacidad crítica, de formación extraordinaria, de laboriosidad incalculable, de lo que es prueba este gran libro que ahora anotamos. ¡Hay en él tanta investigación, tanto callado esmero, tantas horas de trabajo y estudio! Bien merecen todos un aplauso y una felicitación.